

CICLO DE ENCUENTROS “TRAYECTORIAS”

Néstor García Canclini

Entrevista realizada por
Soledad Gesteira
Soledad Torres Agüero y
Mercedes Hirsch



Desde el año 2008, la Secretaría de Extensión Cultural del Colegio de Graduados en Antropología de la República Argentina lleva adelante el Ciclo de Encuentros “Trayectorias”¹. En él se realizan entrevistas a antropólogos y antropólogas locales y regionales que recuperan, en primer lugar, su biografía y, a su vez, los sentidos construidos acerca de su práctica profesional. Uno de los objetivos principales de este ciclo es dejar registro de aquellas historias de

¹ Son responsables del proyecto Soledad Torres Agüero, Soledad Gesteira y Mercedes Hirsch.

vida que han contribuido al desarrollo de la antropología local y/o regional y, por otro lado, aportar a la reflexión sobre la práctica profesional situada de la disciplina. Actualmente las entrevistas realizadas están disponibles en la página web del Colegio de Graduados². En este número, hemos incorporado la entrevista a Néstor García Canclini, realizada en el año 2017 en la ciudad de Buenos Aires³.

Néstor García Canclini nació en 1939. Estudió filosofía y se doctoró en 1975 en la Universidad Nacional de La Plata y, tres años después, con una beca otorgada por el Conicet, en la Universidad de París. Ejerció la docencia en la Universidad de La Plata (1966-1975) y en la Universidad de Buenos Aires (1974-1975). Desde 1990 es profesor e investigador distinguido de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa, donde dirigió más de una década el Programa de Estudios sobre Cultura Urbana, e Investigador Emérito del Sistema Nacional de Investigadores de México. Ha sido profesor visitante de diversas universidades, entre ellas las de Nápoles, Austin, Stanford, Nueva York, Barcelona, Buenos Aires y São Paulo. Entre sus libros, traducidos al inglés, francés, portugués, italiano y coreano, se hallan *Arte popular y sociedad en América Latina* (Grijalbo, México, 1977), *La producción simbólica. Teoría y método en sociología del arte* (Siglo XXI, México, 1979), *Las culturas populares en el capitalismo* (Nueva Imagen, México, 1982), *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad* (Grijalbo, México, 1990), *Cultura y Comunicación: entre lo global y lo local* (Ediciones de Periodismo y Comunicación, La Plata, 1997), *La globalización imaginada* (Paidós, Barcelona, 1999), *Imaginario Urbanos* (2ª ed., Eudeba, Buenos Aires, 1999), *Latinoamericanos buscando lugar en este siglo* (Paidós, Buenos Aires, 2002), *La sociedad sin relato* (Katz, Buenos Aires, 2010) y *El mundo entero como lugar extraño* (Gedisa, Barcelona y Buenos Aires, 2014). Su más reciente libro es una novela: *Pistas falsas. Una ficción antropológica* (Sexto Piso, México, 2018).

Nací en La Plata y fui a una escuela pública que quedaba a dos cuadras de mi casa. Yo ya no me acuerdo cómo la llamaban, pero tenía algo así como nombre "Escuela experimental", era realmente buena. Yo había aprendido a leer a los cuatro años porque mi padre me enseñaba. Iba a la cama a la mañana con él, me leía los chistes del diario y así fui... Y entonces, a los seis años ya sabía leer y escribir algunas cositas más, y en la propia escuela dijeron por qué no daba libre, mejor dicho, por qué no daba un examen en vez del primer año inferior y pasaba a superior. Entonces, yo creo que ahí hubo una primera estigmatización porque era bajito, pese a lo alto que soy ahora, pero además era un año menor que el resto y terminé muy temprano, a los once años, la primaria. Y después

2 <http://www.cga.org.ar/trayectorias>.

3 La transcripción de la entrevista audiovisual fue corregida por Soledad Torres Agüero y Lautaron Radovich ajustada a formato de texto, incorporando aclaraciones y modificaciones en función de fomentar la legibilidad del relato. De este modo, el presente texto presenta algunas diferencias con la entrevista audiovisual. La versión final fue corregida y aprobada para su publicación por Néstor García Canclini.

fui al Colegio Nacional de la universidad en La Plata, que también era excelente y donde tuve profesores que después tuve en la universidad y también eran profesores en el Colegio Nacional.

En la primaria hubo, junto con la muy buena formación, una particularidad del periodo. El gobierno peronista puso la enseñanza religiosa en las escuelas: mi familia era evangélica y, entonces, yo iba a la clase de moral junto con los compañeros judíos. Eso creó ya una diferencia y tuvo un efecto al final de la primaria del que yo me empecé a dar cuenta después. Tengo la impresión de que en algún momento lo viví como algo no demasiado importante. Mis padres fueron llamados por la directora de la escuela que les explicó que yo tenía muy buen promedio y posiblemente podría haber sido el abanderado de la escuela, pero se habían perdido mis calificaciones, entonces, me iban a poner como escolta. En realidad, lo que querían explicarme era por qué iba a ser escolta y la explicación que mis padres después me dieron fue que había que ir a las misas públicas que se hacían en la Plaza Moreno, una de las plazas centrales de La Plata. Las escuelas tenían que llevar abanderado y había uno solo, escoltas había varios; entonces, si yo no iba a la misa, no pasaba nada siendo escolta, pero el abanderado tenía que ir y por mi religión no podía.

Hasta tercer año del Colegio Nacional yo decía que quería estudiar arquitectura, y en cuarto tuve, por un lado, trigonometría, y me di cuenta que no iba con la arquitectura, y por otro, psicología y literatura, con muy buenos profesores. Entonces, me fui inclinando por ese lado. En quinto año, en literatura y filosofía tuve dos profesores que después tuve en la universidad: el profesor de literatura, Atilio Gamarro, era profesor de griego, y el de filosofía, Narciso Pousa, era profesor de filosofía moderna y me acuerdo un seminario sobre Hegel, todo un año sobre la introducción a la filosofía del espíritu. También tuve a Eugenio Pucciarelli y Rodolfo Agoglia, que después fue mi director de tesis en la universidad y con el cual trabajé como adjunto en mis primeros años de docencia.

Elegí filosofía, aunque trabajaba en tribunales. Mi padre había trabajado toda su vida en los tribunales y él logró que yo entrara como empleado a los dieciséis años, unos pocos meses en el mismo juzgado en el que él estaba, iba al tribunal de trabajo en Quilmes; pero era muy difícil seguir la secundaria, el Colegio Nacional, viviendo en La Plata, trabajando durante el día en Quilmes, y luego ir a la noche al colegio. Entonces, logré una permuta para ir al tribunal de menores a trabajar, que estaba en La Plata, y eso creo que fue una experiencia valiosísima. En el tribunal de menores descubrí otra ciudad: periférica, de chicos de pocos años, cinco, siete, que a veces se iban de las casas, los agarraba la policía, los llevaba al juzgado, yo tenía que tomarles declaración. Encontré historias familiares que no imaginaba cerca de donde vivía. Creo que fue una experiencia casi etnográfica de contacto con la realidad más áspera, más dura, sufriente, de la ciudad. Conocí también lo que en esa época se llamaba "delincuencia juvenil", creo que fue tal vez una primera aproximación a la condición de los jóvenes a la que yo me dediqué mucho después, pero la preocupación recuerdo que en ese momento surgió en relación con lo que se llamaba "delito" o "delincuencia juvenil".

Mis padres eran argentinos, pero mis abuelos importados, digamos. Mis abuelos paternos eran españoles, de un pueblito, Mieza, de la frontera de España con Portugal, que conocí hace pocos años porque me invitaron a un congreso en Salamanca y fui con un amigo español, un gran antropólogo, Manuel Gutiérrez. Nos vemos cuando viajo a Madrid. Una vez él me dijo «¿Cómo no conocés el pueblo de tus abuelos?». Bueno, después contamos eso porque es una experiencia muy significativa. Pero mis abuelos, al comienzo del siglo XX, vinieron a la Argentina, fueron a La Plata. Mi abuelo trabajaba en los astilleros, en Ensenada o Berisso, no me acuerdo exactamente el lugar, porque son relatos que se transmitían poco en la familia. Yo algunas veces intenté hablar con mi abuelo de su experiencia en España o su mirada y rápidamente apareció su franquismo, que él no lo había vivido sino en la Argentina, entonces, había cortinas que se bajaban. Hubo una situación que conozco como relato familiar: que mi abuela con los dos hijos, mi padre que era el hermano mayor y su hermano, fueron a España poco antes de que se declarara la Primera Guerra Mundial y empezó la guerra cuando estaban allá, tuvieron que quedarse cinco años; volvieron a la Argentina después de la guerra.

Del lado de mi madre, conocí a mi abuela que se llamaba Rosalía Gahn, un apellido alemán, tenía orígenes alemanes que nunca supe bien cómo eran, pero en realidad ella había nacido en Uruguay y había vivido casi toda su vida en Argentina. Mi abuelo Canclini era un secreto familiar porque él había abandonado a mi abuela con ocho hijos, no se hablaba de él. He averiguado después algo de que era al parecer de Piamonte, pero sabemos muy poco. Pero mis dos padres eran argentinos y estaban muy integrados, digamos, a la vida del país, salvo con esta distancia que ponía la visión evangélica de la iglesia bautista a la que pertenecían, que hace esta separación, este corte entre la iglesia y el mundo. Uno tenía que tratar de sustraerse del mundo y más bien conseguir que los que estaban capturados por el mal fueran a la iglesia, evangelizar. Al mismo tiempo, me estimularon mucho a estudiar, a ir a la universidad, tratar de desarrollarme en el mundo, y es bastante coherente que a los dieciséis años yo haya dejado de ir a la iglesia.

FORMARSE CON LA PROPIA GENERACIÓN

Al entrar a la Universidad de La Plata, en la facultad de filosofía, ingresé también a derecho, comencé a vincularme con el Movimiento Estudiantil Cristiano, que era un movimiento de reciente creación en la Argentina, pero mundial. Hay una Federación Mundial de Estudiantes Cristianos, con la particularidad de que es ecuménica, había unos pocos católicos, evangélicos de varias iglesias. Y comencé a participar muy activamente, venía mucho a Buenos Aires para estar en reuniones. Tuve un papel de cierto liderazgo, fui secretario nacional de ese movimiento, viajé a Brasil a un congreso, a los veinte años, a Europa. Fue una etapa importante como de transición de la iglesia que había dejado, que era bastante puritana, a un mundo ecuménico, de izquierda.

Un dato significativo es que en esa época, a fines de los cincuenta, principios de los sesenta, en la universidad en filosofía no se estudiaba marxismo.

En toda la carrera yo vi solo un texto de Marx por indicación de un profesor que eran los Manuscritos Económicos Filosóficos. Una vez, un grupo de estudiantes, varios eran del Partido Comunista en ese momento, le preguntamos al profesor de filosofía contemporánea, Emilio Estiú, que era excelente como profesor, por qué no incluía el marxismo en el programa y dijo «No, eso está en el aire, es algo que se aprende de otra manera». Entonces, leí a Marx y a autores marxistas con mis compañeros de facultad, hacíamos grupos o nos pasábamos lecturas, o en este Movimiento Estudiantil Cristiano donde estudiamos sistemáticamente el marxismo. Fue un movimiento, a mi manera de ver, antecedente de la teología de la liberación; después hubo conexiones, especialmente en algunos países como Brasil, donde la teología de la liberación fue tan potente, las campañas de alfabetización con Paulo Freire... Fue como una formación paralela, lo que aprendí en la facultad y lo que íbamos adquiriendo entre nosotros. Hacíamos también cursos con profesores de la Universidad de Buenos Aires; recuerdo un curso de economía política con Sergio Bagú, teníamos contacto con gente que complementaba lo que estudiamos en la universidad.

Comencé a trabajar en el tribunal de menores a los dieciséis años, fue más o menos en el final del gobierno peronista, '55, '56, comienzo de la Libertadora. Estaba todavía en el Colegio Nacional, terminándolo, y recuerdo muy bien los festejos en La Plata por la caída de Perón; una ciudad de clase media radical predominantemente, y desde el Colegio Nacional salieron manifestaciones masivas que se tomaban los tranvías, que existían todavía, se festejaba, era como apoderarse de la ciudad y marchar celebrando eso. Recuerdo algunas experiencias que me impresionaron por la radicalidad que había en el antiperonismo. Había una ira, un enfrentamiento muy fuerte y una movilización estudiantil en torno de eso; no era una clase media adulta solamente que festejaba de otra manera en los actos radicales. Había una politización distinta de la que tuve después, sin embargo, en la cual yo participaba porque ese era el sentir general.

Dije que había comenzado a estudiar filosofía y derecho. En realidad, yo quería estudiar filosofía y mis padres me decían «Te vas a morir de hambre». Mi padre había trabajado toda su vida en tribunales, era su universo, y yo también estaba trabajando ahí, no me parecía mal. Sin embargo, al segundo código que tuve que aprender dije «Me aburro demasiado», y dejé. Estaba también la evidencia de las calificaciones: daba introducción a la filosofía, sacaba diez; tenía que dar el examen para mostrar que había estudiado el código civil y sacaba seis. Entonces, era claro hacia dónde quería ir. Después de tres materias de derecho, abandoné y seguí solo filosofía. Y tuve una generación extraordinaria que, como decía, me ayudó a aprender aquello que no recibíamos en la universidad y también a adquirir otro tipo de experiencias. Como sabemos por estudios de varios antropólogos, como Howard Becker, se aprende a veces más en la comunidad de estudiantes a la que uno pertenece que lo que se recibe oficialmente de la educación universitaria. Tuve compañeros que notoriamente hicieron una carrera en la que todos más o menos nos parecíamos, porque casi nadie se dedicó a la filosofía, de los principales que yo recuerdo de mi generación. Hubo algunos que siguieron haciendo lo que se entendía más o menos por

filosofía de un modo modificado, como José Sazbón, pero otros se dedicaron a la sociología, como Alfredo Pucciarelli, Oscar Colman, Julio Godio. Éramos muy amigos con José Castorina, que después se volvió un epistemólogo importante, un especialista en Piaget; Ricardo Piglia estaba en nuestro grupo y éramos muy amigos en la universidad, aunque él estudiaba historia, pero formábamos un grupo para vernos diariamente.

Fue una convergencia, entonces, de factores que tuvieron un sentido formativo en la universidad: lo que todavía me quedaba de esa relación con el mundo evangélico a través del Movimiento Estudiantil Cristiano, no de la iglesia sino de ese movimiento social, y esta comunidad de iguales, compañeros de la universidad.

REPLANTEARSE LO QUE PODRÍA SER LA ARGENTINA

Hubo un momento de transición de muchos de mi generación de la formación filosófica a otras disciplinas. Creo que tenía que ver con varias cosas: una, con que en ese momento la única ciencia humana que había en la Universidad de La Plata era la psicología; se estudiaba antropología en el Museo y había un curso de antropología social en Humanidades que algunos tenían que tomar.

La sociología apareció mucho después, la antropología misma como disciplina estaba muy arrinconada en la línea que seguía el Museo de La Plata, que ni siquiera era boasiana, sino una integración con antropología física, con la arqueología, bastante regresiva, con gente muy conservadora en su manera de ver lo social. Y del lado de la filosofía había un descontento con los instrumentos que nos daban en el estudio universitario respecto de lo que estaba sucediendo en la sociedad.

Caído el gobierno peronista en el '55 existía, por una parte, un fuerte antiperonismo en ciudades como La Plata, pero también entre los intelectuales una preocupación por entender ese proceso masivo de relación con un replanteamiento de lo que podía ser la Argentina en ese momento, y no recibíamos en la universidad instrumentos, salvo de parte de unos pocos profesores, para trabajar en esa reflexión. La fuimos constituyendo entre nosotros, los estudiantes, en los movimientos políticos, los partidos. Creo que eso fue también un motivador para ir buscando en otras disciplinas, en cursos que se hacían en Buenos Aires o grupos de estudio en La Plata, la manera de adquirir otra información, otros recursos para pensar la sociedad argentina y nuestra ubicación como intelectuales. Había una efervescencia de publicaciones también, revistas, críticas, un debate rico, muy valioso.

Debo mencionar una insatisfacción que a muchos nos ha producido en distintas épocas y en muchos países, independientemente de estas condiciones particulares de la Argentina: el trabajo tan especulativo del saber filosófico. Me acuerdo haber leído un poco después, me imagino que hacia fines de los sesenta, una entrevista que le hizo María Ester Gilio, una periodista uruguaya que vivía en Argentina, a Atahualpa Yupanqui. Esta mujer investigaba antes de las entrevistas y se había enterado de algo que nadie sabía: que Yupanqui había

estudiado filosofía en Filosofía y Letras de Buenos Aires, se había destacado, había recibido una medalla de honor o algo así, y le preguntó, «¿Por qué no siguió?». Yupanqui le dijo «A mí siempre me gustó mucho la filosofía y me sigue interesando. El problema es que los filósofos son gente que se desorienta en patota». Era la experiencia que muchos teníamos; había un grupo demasiado autorreferido, se estudiaban libros e ideas, pero poca relación con la sociedad. Esa es otra de las explicaciones de por qué muchos nos fuimos hacia ciencias sociales.

Yo estudié antropología cuando comencé a enseñar antropología filosófica; empecé como adjunto, después fui titular de la cátedra y leí a Lévi-Strauss, a otros antropólogos, con una lectura filosófica. Me interesaba más la teoría, no hice trabajo de campo, leía mucho literatura, teatro, ensayos, pero había poca antropología en la Argentina en ese momento que satisficiera esa necesidad nuestra de entender las fuertes contradicciones de la sociedad.

Creo que una figura importante en La Plata fue Mario Margulis, que enseñaba antropología social en el Museo y en Humanidades, y formó alrededor de él un grupo de antropólogos jóvenes que eran sus asistentes de cátedra, con los que armó un grupo de investigación y comenzaron a trabajar en villas miseria. Fue de los primeros que iniciaron eso. Mi mujer en ese momento, madre de mis dos hijos, María Eugenia Módena, formó parte de ese equipo y eso me dio una cercanía, una cierta participación, en un conjunto de recursos bibliográficos, relatos de experiencias de campo. Pero en realidad, la primera investigación empírica que yo hice fue más bien sobre arte contemporáneo: me interesó a principio de los setenta entender lo que yo había vivido en los años sesenta con las vanguardias artísticas, el Instituto Di Tella y otras experiencias muy vibrantes, en Buenos Aires y con cierto desarrollo en ciudades de provincia también, Rosario, por ejemplo, que participó mucho de esa movida de vanguardias artísticas. Ahí se desarrolló casi al mismo tiempo que en Buenos Aires y casi con la misma intensidad el movimiento de Tucumán Arde. Hice seguimiento etnográfico como lo pudieron hacer artistas, sociólogos, algún antropólogo, del despojamiento de la industria azucarera de Tucumán, el cierre de ingenios, la desocupación.

Yo había seguido un poco ese proceso, en La Plata tenía algunos ecos, había muy buenos pintores de los que yo era amigo: Alejandro Paternostro, Alejandro Puente, César López Osornio. Tenía relación con otros artistas más jóvenes y me sentía muy motivado para hacer un estudio. Lancé una hipótesis: qué relación tiene esta renovación modernizadora de las vanguardias plásticas o en artes visuales con el desarrollismo económico, que prevalecía en el debate como la línea modernizadora en ese momento. Comencé a hacer una investigación, a hacer entrevistas; más entrevistas que observaciones de campo, trabajé con gente en Buenos Aires que me dio mucha documentación, recuerdo la generosidad de León Ferrari y Roberto Jacoby, a los que conocí en esa época a partir de la investigación. Hice un primer texto sobre eso que se publicó en una colección que se titulaba "Transformaciones", que hacía el Centro Editor de América Latina. Fue un estudio sobre vanguardias artísticas y cultura popular; la pregunta era cómo las vanguardias artísticas de ese momento se relacionaban

con la cultura popular, incluidos los movimientos políticos, aunque no solo con eso.

Así me fui insertando en un universo de lecturas y de estudios sociales o socioculturales, y adquiriendo una formación que no era difícil en ese momento porque se estaban traduciendo muchos libros, existían experiencias como Eudeba, luego el Centro Editor, había una politización intensa del movimiento estudiantil relacionada con los temas que vibraban en la vida social. Y en La Plata había un movimiento teatral importante, como diez teatros independientes, estaba el Teatro Argentino, había algunos otros espacios más o menos oficiales, más o menos alternativos, el movimiento de artes visuales y un movimiento musical también, especialmente coros. Existía un entorno muy estimulante para reflexionar sobre todo esto.

Éramos muchos menos los que egresábamos de la universidad en ese momento, había plazas nuevas, es decir, era bastante normal que los egresados de alguna carrera como Filosofía, que no teníamos muchas posibilidades de trabajo fuera de la universidad, pudiéramos trabajar como asistentes, ayudantes de cátedra, muy pocos en investigaciones, pero más bien ayudantes de cátedra que dábamos clase a los veintidós, veintitrés años. Yo empecé como ayudante alumno, trabajé tres años ad honorem, aún como diplomado, hasta que se abrió una posibilidad de concurso y pude entrar como ayudante con una pequeña remuneración.

Hubo un periodo que trabajaba en tres ciudades, a los veinticinco, veintiséis años: viajaba una hora en ómnibus y daba clases en un colegio secundario en Magdalena, dos veces por semana daba clases como ayudante de cátedra en filosofía de la historia y en un periodo en introducción a la filosofía, en La Plata. Y un periodo di clases como ayudante en filosofía de las ciencias en Buenos Aires, en la UBA. Además, cuando venía a Buenos Aires, también tenía este grupo de pertenencia del Movimiento de Estudiantes Cristianos, del que ya a los veinticinco años estaba casi desvinculado, nos veíamos más como amigos, pero cada uno tenía su trabajo, sus actividades, entonces, más bien era un lugar de encuentro. Había una actividad intensa con muchas horas a la semana, a veces en ciudades distintas; eso ya existía en aquel tiempo. Me parece que una diferencia es esta que señalábamos, que había menos egresados que ahora, por lo tanto, menos competencia, y también una apertura de lugares: lenta, mal paga, pero que permitía hacer una carrera académica.

Como sabemos, estas trayectorias estuvieron atravesadas por los golpes de Estado, primero el golpe del '66, que afectó mucho más en la Universidad de Buenos Aires. En La Plata hubo algunos profesores expulsados pero muy pocos, no fue este golpe de los bastonazos en Buenos Aires.

ME HICE ANTROPÓLOGO EN MÉXICO

Se creó una categoría en México, que yo no sé que se haya creado en otros lugares, con argentinos: "argenmex". ¿Qué significa eso? Integración es dudoso. Hay diferencias y yo he tratado de explicitarlas, cuando escribí el libro sobre "La globalización imaginada". Me dije: «Tengo que hacer un apéndice hablando de

cómo me sitúo yo en estos procesos. ¿Soy argentino, soy mexicano, dónde están los malentendidos interculturales?». Así se tituló el capítulo, y traté de hacerlos explícitos. Todavía en aquella época no eran tan violentos los malentendidos interculturales. Diría que el periodo en que hubo exilio —ya que desde el '83 no somos exiliados— era fuerte y había muchos chistes sobre argentinos que uno no veía que hubiera sobre uruguayos ni chilenos ni brasileños. Algo pasaba con los argentinos y fue parte de lo que traté de ver en ese epílogo del libro "La globalización imaginada".

La otra oscilación es entre filósofo-antropólogo. Me hice antropólogo en México. Hace poco, en una entrevista que me hacían en México sobre cómo había empezado a interesarme por la cultura de los jóvenes, conté que tal vez una primera motivación desencadenante fue ese momento en que comencé a trabajar en el tema de menores y vi un tipo de juventud que era descripta en ese momento solo como delincuencia juvenil. Fue el primer tipo de aproximación que se hizo a la cuestión joven en los años sesenta y setenta. Pero esa era, yo diría, una experiencia preetnográfica, es decir, no estaba pensando dedicarme a la antropología, simplemente como empleado de tribunales todos los días tenía que tomar declaraciones a muchos distintos, que eran otros.

El exilio fue importante. Haber sido minoría como hijo de familia evangélica y como evangélico hasta cierta edad es también una experiencia que después elaboré como impulso para hacer antropología, para entenderse como minoría y diferente. Pero la formación fue en México, leyendo antropólogos mexicanos, leyendo a muchos otros que habían estudiado México o habían estudiado otras sociedades. Diría que mi formación filosófica, que fue la formalmente académica, incluyó en los cursos de sociología, de psicología social, en otras materias, en mi propia cátedra de antropología filosófica, aprendizajes. Pero el trabajo de campo, la confrontación con cómo buscar los datos, cómo tratar con los pueblos, con las comunidades, con los actores jóvenes, con otros muy diversos fue básicamente en México, no solo haciendo yo trabajo de campo, sino dirigiendo tesis: por ejemplo, en el periodo en que estuve como profesor en la maestría de antropología social, hacía visitas periódicas a alumnos que estaban haciendo trabajo de campo en Oaxaca, en Veracruz, en Chiapas, y aprendí mucho... He viajado más por México que por Argentina. Por supuesto, era lo que ellos me contaban de lo que iban observando a lo largo de meses de residir en esos estados. Y la parte filosófica quizá no ha desaparecido en la medida en que me sigo haciendo preguntas teóricas, en que me resultan insatisfactorios los modos de coordinar lo que uno va observando desde una perspectiva y de otra.

Las preguntas que he trabajado, por ejemplo, sobre jóvenes, habiendo hecho etnografía y trabajando con equipos de investigación casi siempre, me mostraron que hay pocos temas de la contemporaneidad que se pueden trabajar solos, como individuos, sin hacer equipo e interdisciplinariamente. Un ejemplo: un sociólogo, Martín Hopenhayn, se preguntaba hace una década por qué las generaciones jóvenes en América Latina tienen peores salarios y más desempleo que sus padres teniendo mayor nivel escolar promedio, más capacitación tecnológica, más acceso a recursos de información, de comunicación. Los porcentajes en general son el doble en América Latina. En España hay 25%

de desempleo promedio de la población, mientras que el 56% de jóvenes son desempleados ¿Por qué? Alguien puede decir: «es una pregunta sociológica, estadística», pero tiene su lado etnográfico: nos pusimos a ver qué les pasa a esos distintos jóvenes desempleados, que son muy diferentes (hay muchos modos de estar desempleado) y qué le pasa a la sociedad, que expulsa, que no permite integrarse, que se reorganizó para élites, para minorías, para ser más injusta. O una pregunta todavía más actual en México: ¿Por qué mueren más jóvenes que adultos en muchas zonas del país? ¿Qué es esto de que en la juventud una de las posibilidades sea morir? Como víctima, como sicario y las otras maneras de morir, como soldado... Es una pregunta antropológica, sociológica, pero también es una pregunta, para mí, filosófica: qué está pasando con la vida, con la convivencia, con los modos de desintegrar en la contemporaneidad de este capitalismo hecho pedazos.

LA PREGUNTA POR EL SENTIDO

Mi distanciamiento de cierto tipo de filosofía, no de la filosofía en general, fue el distanciamiento de una filosofía ontológica, la pregunta por el ser, por entidades extrahistóricas. No digo que las preguntas metafísicas no sean legítimas, yo también las tengo, como cualquiera que vive y que va a morir, que tiene que convivir con otros, pero me parece que no está ahí en la pregunta por el ser la cuestión central de la filosofía. Hablaba de esto un poco en La Noche de la Filosofía acá, en la conferencia que di, titulada “Ciudadanos reemplazados por algoritmos”. Hice una problematización de la condición contemporánea de ciudadanos, que ya no solo estamos influidos por la videopolítica, como venimos viendo desde los años setenta, ochenta, sino que nuestra información es capturada para producir algoritmos desde los cuales nos van a inducir a consumir ciertos productos, a viajar a ciertos lugares, a posicionarnos como ciudadanos en la política, en la sociedad y en la cultura. ¿Qué significa la tensión entre todo eso que nos sustraen, ese trabajo gratis que hacemos para Google, Yahoo, y las posibilidades de comportarnos por fuera de eso o de resistir o de pedir que se regule, que haya Estado otra vez?

Me acordé, y lo cité en la conferencia, de la polémica entre Paul Ricoeur y Lévi-Strauss. Lévi-Strauss fue de los primeros antropólogos que trabajó con computadoras y que organizó los mitos como un saber matematizable. De hecho, entre los amigos que tuve en la juventud en La Plata hubo un antropólogo que fue a estudiar en el mismo periodo que yo fui a París, él fue con Lévi-Strauss, Héctor Lahitte. En una conversación con él descubrí la fecundidad del método estructural, porque él llegó un día a mi casa, yo estaba analizando un poema de Octavio Paz, un poema muy diagramado, complejo en su estructura. Estaba luchando por entender la organización simbólica con instrumentos de una filosofía simbólica, todavía sabía muy poco de Lévi-Strauss. Llega Héctor Lahitte, que no se dedicaba para nada a la poesía, y me dice « ¿Qué estás leyendo?», mira el poema, lo lee y empieza a ver parejas de oposición. El poema funcionaba como él decía. Entonces dije «Acá hay un método». Hay parte de lo que vio Lévi-Strauss de lo que es organizable estructural y científicamente en este sentido

duro de la ciencia que es así. Pero en un debate que tuvieron con Paul Ricoeur, que Ricoeur le dijo «Sí, todo eso está bien, las estructuras funcionan de esta manera, pueden ser matematizables, tienen un sentido que se puede capturar de ese modo, con rigor científico, que compite con el de las ciencias exactas. Pero ¿cuál es el sentido del sentido? ¿Cuál es el sentido de ese sentido que está en la estructura para los sujetos que nos hacemos cargo de la experiencia de vivir en ese sentido? ¿Queremos modificarlo o queremos encontrar modos de sortear, sobrevivir, buscar intersticios en ese sentido?». Esa es la pregunta filosófica para mí: ¿cuál es el sentido del sentido? Y ahí no me alcanza con los algoritmos.

Hay trabajos que me gustaría haberlos hecho de otra manera. De hecho, hay varias investigaciones que retomé en libros posteriores, con otras claves y con otra metodología. Por ejemplo, la investigación sobre artesanías y fiestas en Michoacán que dio lugar al libro "Las culturas populares en el capitalismo". En 2002 volví después de casi quince años de no ir a Michoacán y recorrí algunos lugares, quería ver qué cambios había habido. Hubo muchos, más migración (ya en ese momento vivían cuatro millones de michoacanos en Michoacán, dos millones y medio en Estados Unidos), feminización del trabajo en las comunidades. Pero releí el libro y dije «Acá faltan voces de actores». Yo estaba, creo, tan entusiasmado con esa línea de trabajo más abierta, salir de las comunidades y ver cómo incorporar la circulación, el consumo, a la problemática artesanal y de las propias comunidades, y ahora pienso, las voces son escasas. Hay ciertas experiencias de cotidianidad que después retomé en cierto modo en el libro "Culturas híbridas", donde volví a ocuparme de ese universo, de ese material de campo.

Cuando trato de mirar hacia atrás, es curioso que, más que lo que haría de manera distinta, me impacta pensar la enorme fortuna que tuve de poder estudiar ciertas situaciones, haber descubierto como argentino el mundo indígena del centro de México, haber podido experimentar los conflictos de la frontera mexicano-estadounidense en un momento distinto del actual. Esta experiencia ambivalente que es vivir en una ciudad muy inhóspita como es la gran urbe, la zona metropolitana de la Ciudad de México, pero poder hacer la experiencia con la gente que vive allí de qué pasa con lo urbano hoy. Era muy difícil desde La Plata imaginar eso, ¿no? Entonces, creo que es mucho más intensa la sensación de goce, de oportunidad, que me dio el exilio y en parte eso explica que me quedara a vivir en México.

LA FELICIDAD

Para mí la felicidad, en relación con el trabajo como antropólogo, ha ido modificándose, pero tiene que ver con los distintos momentos del trabajo antropológico. Me ha dado muchas alegrías hacer trabajo de campo y descubrir. El proceso de descubrimiento, sobre todo. Hacerme preguntas que no me había hecho, descubrir que había partes del mundo que funcionaban de otra manera que la que yo me había imaginado viviendo en La Plata o Buenos Aires, o en la misma Ciudad de México. Luego elaborar ese material, el momento de la interpretación, del trabajo de escritorio, de elaboración con los alumnos,

porque para mí dar clase es algo indispensable. Ciertos delirios que uno tiene escribiendo solo a mano o en la computadora, que dan mucho placer, pueden moderarse en tanto delirios cuando uno los comunica en una clase, y desde la mirada o desde la necesidad de sentir que hay que interpelar al otro y que uno está siendo interpelado, dice «esto tengo que pensarlo de otra manera», en el mismo momento de la clase. Y luego, la escritura. Me da mucho placer escribir y me da placer incorporar, como les contaba, las imágenes, la creatividad de las artesanías, del arte contemporáneo, por eso muchos de mis libros tienen imágenes, por eso trabajé con artistas, con fotógrafos, con artistas visuales. He escrito sobre ellos, me parece que hay una vía de conocimiento ahí distinta de las ciencias sociales o de la filosofía. Son modos de descentrarse y de situarse en los imaginarios, en las conductas, en las experiencias, en la afectividad, que no se pueden lograr de otra manera.

Para mí la felicidad recorre todo eso, trabajar con esos otros que me desafían en los parámetros con los que venía pensando, con los alumnos y los equipos de investigación. Es uno de los grandes agradecimientos que tengo que hacer a México, haberme dado oportunidad de formar varios grupos y con gente con la que he podido tener una relación muy frecuente. Con muchos de ellos seguimos siendo amigos, colegas, intercambiamos. Y luego también, esta soledad compartida, interpelada todo el tiempo, que es la de la escritura.